

CARLOS PÉREZ MERINERO

Las Reglas del Juego



Las reglas del juego es una novela negra. Simplemente eso (o, mejor, nada más y nada menos que eso). Pero una novela negra sin todo el *atrezzo* copiado de los modelos yanquis que puebla la obra de sus epígonos, aquí en las colonias. La voz cantante no es la del amo (la ley, el orden), ni la de sus sicarios, sino la que llega del otro lado de las barricadas, donde se encuentran Luisito, un jovenzuelo imberbe convertido en aprendiz de gánster, que aspira a participar en un golpe como Dios manda, que le permita luego visitar Disneylandia, el puente sobre el río Kwai, y tantos lugares bonitos como hay por ahí sueltos; Ortega, el jefe de la banda, amante del progreso y, por ende, de las centrales nucleares; Bernedo, el depresivo del grupo, y Tito Durán, el paridor de la idea genial. Que ¿cuál es? Se lo podían haber imaginado: secuestrar al presidente de la FIFA en vísperas del Mundial de Fútbol. Parecen tontos... Novela desenfadada, canalla, cruel, mal hablada (que no mal escrita), cutre, amoral, llena de un humor feroz que hace mucha pupa. Y además novela inoportuna y oportunista, que no enseña a jugar a nada, porque lo importante, digan lo que digan los demás, no es ganar ni participar; lo importante es no ser un cantamañanas y que no le trinque a uno el Séptimo de Caballería.

LAS REGLAS DEL JUEGO

Carlos Pérez Merinero

*A mi padre,
al que le debía algo
—por qué no este libro—
desde hacía muchísimo tiempo.*

La vida es un juego en que todos jugamos.

ADOLFO BIOY CASARES, *Guirnalda con amores*

Conozco a un necio que se negó a aprender en su juventud las reglas del juego, perdido en pos de quimeras, y ahora las quimeras se esfuman y el juego lo tritura.

CESARE PAVESE, *El oficio de vivir*

Nota del autor

La novela que el lector tiene en sus manos es una obra de ficción, fruto única y exclusivamente de la imaginación del autor.

Cualquier parecido que pueda encontrarse con personajes reales o hechos asimismo reales es pura coincidencia.



La camisa no me llegaba al cuerpo. Era mi primer golpe importante y, como me había dicho Ortega, «tenía que portarme». El miedo a hacer algo mal me atenazaba y mis piernas no estaban todo lo firmes que yo hubiese deseado cuando rodeado de Tito Durán, Bernedo y el propio Ortega marchaba por aquel opresivo e interminable pasillo, camino del despacho donde suponíamos que estaría el gerente con el dinero.

Al llegar a la altura del despacho Ortega nos indicó con un gesto que nos detuviéramos y los tres le obedecimos al instante. Tito me sonrió, no sé si para darme ánimos, y yo, con una nerviosa mueca en los labios, le devolví la sonrisa.

—¿Listos? —nos susurró Ortega.

Durán y Bernedo dijeron que sí y yo, con inseguridad mal contenida, miré la Astra del año de la polca que tenía en la mano antes de asentir vehementemente con la cabeza.

Ortega, entonces, asió el picaporte y, a una orden suya, irrumpimos en el despacho, atropellándonos unos a otros. Al advertir nuestra presencia los dos hombres que allí se encontraban dejaron de trabajar en los libros de contabilidad que tenían abiertos delante de ellos, sobre la mesa, y fijaron sus ojos en nosotros, esperando acontecimientos.

Cumpliendo mi parte del plan, cerré la puerta cuando estuvimos dentro y me apoyé en ella con el oído atento al menor ruido sospechoso que pudiera venir del corredor. Mis piernas agradecieron la postura y poco a poco sentí có-

mo la debilidad me abandonaba y la fuerza volvía a mis remos. Mi respiración también se normalizó y, animado por estos esperanzadores síntomas, me dije que ya nada podía fallar, que todo saldría a pedir de boca. Ligaría una buena parte del botín —cosa de millones si había de creer lo que me dijo Ortega cuando entré en contacto con el grupo— y mi vida cambiaría. A partir de entonces podría dedicarme a vivirla y no solo a verla pasar como un pasivo mirón, y una hormigueante excitación se apoderó de mí.

Sí, iba a cambiar de vida y por eso estaba allí, pistola en mano, contemplando cómo aquellos dos sujetos no salían de su asombro y eran incapaces de asumir que habían sido bruscamente interrumpidos en sus cuentas por un apocalíptico cuarteto, cuyas maneras no presagiaban nada bueno.

Ortega se acercó a la mesa donde estaban los dos hombres y, amenazándoles con su Magnum, les preguntó:

—¿Quién de vosotros es el gerente?

Los dos pájaros se interrogaron con la mirada como si la pregunta les presentara alguna dificultad y tuvieran que sondearse para contestarla, y Ortega, impacientándose, le cruzó la cara con la fusca al que tenía más a mano, un cincuentón chato y de barbilla prominente, que lucía una chillona corbata de lunares.

—¿Quién es el gerente?

El agredido se llevó la diestra a la mejilla que había recibido el embate y con la mano libre señaló al hombre gordo y de ojos saltones que tenía a su lado.

—Él —dijo, exangüe. Y repitió por si no le habíamos oído—: Él es el gerente.

Ortega se desentendió del chato y giró para encararse con el gordo, quien, al observar su movimiento, se agitó inquieto en la silla y se puso a boquear con estruendo como si padeciese de asma y el clima de aquellos parajes no le sentara nada, lo que se dice nada, bien. El otro, por contra, respiró aliviado al verse libre de la presencia frente a él de Ortega y se llevó la mano a un bolsillo del pantalón.

—Las manos quietas —le ordenó Tito, que le vigilaba, apuntándole con su pipa.

El de la corbata de lunares se quedó petrificado, con la mano cosida al bolsillo del pantalón, y después de tragar cantidades ingentes de saliva se atrevió a decir, señalándose la sangre que manaba de su mejilla:

—¿Puedo sacar el pañuelo?

—¿El pañuelo? —Bisó Tito, y miró a Ortega, sin osar, como siempre, tomar decisiones por su cuenta.

Ortega estaba estudiando al gordo de los ojos saltones y no hizo caso de la muda pregunta de Tito. Bernedo, entonces, viendo cómo el tipo se desangraba, intervino para decirle a Durán:

—Déjale que lo saque. ¿No ves que lo va a poner todo perdido?

Señaló con su Star las gotas de sangre que ya decoraban la moqueta y Tito Durán, haciendo un mohín de asco con su cara, dijo al herido:

—Está bien. Sácalo —y enseguida añadió—: Pero sin hacer tonterías, ¿eh?, sin hacer tonterías —y sonrió torcidamente, haciéndose el fiero.

Con manos trémulas el chato se llevó el pañuelo a la mejilla. Al retirarlo y verlo todo manchado de sangre sus ojos se pusieron en blanco y por un instante temí que se desfalleciera allí mismo. Pero no, respiró hondo y, aunque su palidez aumentaba por momentos, continuó asistiendo al espectáculo sin desmayarse ni nada.

—Así que tú eres el gerente, ¿no? —dijo Ortega al gordo.

—Sí, señor —balbució el rollizo muy formalito.

Tito soltó una carcajada al oír el sumiso «Sí, señor» del gerente, y Ortega, volviéndose hacia él, le dijo con la mirada que se dejara de cachondeo. Tito, cómo no, puso en su rostro una seriedad de funeral y, en plan bribón, me guiñó un ojo. No supe cómo reaccionar ante su muestra de camaradería y, ruborizándome un poco, apreté aún más la oreja

contra la puerta, torturándome con el ominoso silencio que provenía del pasillo.

—El dinero. ¿Dónde está el dinero? —dijo Ortega al gerente.

—¿El dinero? —exclamó el otro en tono desvaído.

—Sí, el dinero —graznó Ortega.

El gordo miró al de la corbata de lunares en busca de ayuda, pero este, ocupado en examinar con ojos idos el pañuelo empapado de sangre, no estaba para nada. Al verse solo ante el peligro, el gerente suspiró, se restregó la manga de la chaqueta por sus ojos de sapo y dijo con voccecita de soprano:

—Se lo han llevado ya.

—¿Cómo?! —gritaron al unísono Bernedo y Ortega.

—Que se lo han llevado ya —insistió el gerente, echando su cuerpo hacia atrás al percatarse de que mis tres consortes se le acercaban con no muy buenas intenciones.

A Tito le dio la risa tonta, y para descargar la mucha mala leche que le había venido de pronto le arreó una patada en la espinilla al barrigón. El gordo inició un alarido y Bernedo lo cortó por la vía de apremio poniéndole la mano en la boca.

—¿Quieres dejar de reír? —pidió Ortega a Tito.

Durán hipó un par de veces y recuperó la gravedad de las grandes ocasiones. Señalando al gerente dijo:

—Este tío está loco.

Con el cabreo a flor de piel Ortega dijo:

—Ahora vamos a ver si está loco o no está loco.

Puso la Magnum en la sien derecha del gordo y este bizqueó de lo lindo al sentir el frío contacto del arma en su piel.

El de la corbata de lunares, que ahora no quitaba ojo de la escena, devolvió el pañuelo, ya inservible, al bolsillo y el humor de las primeras lágrimas se mezcló con la sangre enchurretándole las mejillas.

—Dime dónde está el dinero o disparo —conminó Ortega al gerente.

Este miró de reojo la pistola y permaneció callado.

—¡El dinero o disparo! —le apremió Ortega.

Pero el gordo, por mucho que lo intentaba, no lograba pronunciar palabra. Bernedo se había olvidado de separar la mano de su boca y, claro, así no había manera.

Ortega se percató del detalle y dijo al colega:

—¡Aparta la mano, coño!

Bernedo, abochornado, miró su pezuña como si fuese la de un extraño y la retiró raudo profiriendo maldiciones por lo bajini.

Tito Durán, no conforme con la acción persuasora del arma de Ortega, colocó la suya en la otra sien del gerente que nos había tocado en suerte y masculló:

—¿Dónde está el dinero, so cabrón?

Aquello fue el acabose.

El gordo no supo a qué carta quedarse. Si miraba a la derecha se encontraba con la Magnum de Ortega, si lo hacía a la izquierda era la Luger de Durán la que le ponía en el brete de cantar las verdades... Y si miraba al centro se topaba con Bernedo que, para no ser menos, también se había unido al corro y le había acomodado la Star en todo el medio de su despejada frente de intelectual metido a gerente de bingo *por mor de sabe Dios* qué azarosas circunstancias.

Ante tanta artillería su capacidad de resistencia se agotó y se puso a llorar, desconsolado perdido.

—¡Joder, lo que nos faltaba para el duro! —exclamó Tito.

Cogió al gordo por su cuello de toro y, apretándole el pescuezo, hizo la pregunta que todos teníamos ya más que oída.

—¿Dónde está el dinero? Di, ¿dónde está el dinero?

Pero el gordo se había dado al desconsuelo y si para algo no estaba era para interrogatorios.

—A este va a haber que darle un escarmiento —sugirió Tito a Ortega, que se separó del grupo sin saber verdaderamente qué hacer—. ¿Le doy una manita de hostias? —preguntó a continuación.

Bernedo, siempre tan aprensivo, se adelantó a Ortega y dijo:

—A ver si va a ser peor el remedio que la enfermedad...

—Pero algo tenemos que hacer, ¿no? —se quejó Tito al tiempo que sacudía la cabezota del gordo con toda la mala uva del mundo.

Ortega cerró los ojos y le metió a la meditación trascendental. Bernedo y Tito, como si en verdad estuviesen en presencia del Maestro de la secta, se olvidaron del gerente y le miraron con arrobo de neófitos, probablemente rogando al dios que quisiera escucharles que tocase a Ortega con su gracia y le hiciese ver claro cuál era la solución a aquel maremágnum de impotencias que presidía el gordo con su llantina.

El de la corbata de lunares, al comprobar que el gerente le estaba dando a la lágrima con un empeño digno de mejor causa y con el que no podía competir ni de lejos, dejó de llorar y, a falta de pañuelo, se limpió los mocos con la manga de la camisa. Luego lanzó un suspiro que, lo que son las cosas, a mí, que le veía hacer, me pareció de satisfacción, de hombre que tiene la conciencia bien tranquila porque ya ha hecho en esta vida todo lo que se había propuesto.

Me equivocaba. Aún no había hecho todo lo que tenía que hacer. Le faltaba un detalle.

Al ver que Tito y Bernedo estaban ocupados en asistir como acólitos a la meditación del Maestro debió decirse: «Esta es la mía». Me aquilató con sus ojillos acuosos y, luego de comprobar que yo era canijo y más bien mierda, debió pensar que me podía. Se abalanzó hacia la puerta que yo estaba custodiando como un probo vigía que no ha hecho otra cosa en su puta vida, y de un empujón quiso apar-

tarme de ella. Yo, que según venía había colocado mi rodilla en posición de alerta, le aticé con ella en la palometa, golpeándole los ovarios.

El grito que soltó dejó chico al alarido *interruptus* del gordo. Ortega y sus catecúmenos salieron del trance y los tres se arrojaron sobre el de la corbata de lunares echando espumarajos por la boca.

Tito, que no podía estarse quieto ni un momento, empezó a patearle a base de bien, pero el otro, solo atento al dolor de huevos, ni se protegía ni nada. Eso sí, se retorció en la moqueta que daba gloria verlo.

Ortega me miró pidiéndome explicaciones y yo le di las novedades.

—Quería escaparse —dije, escueto.

Ortega le dirigió una mirada de pocos amigos y dijo, tomando al fin la decisión que todos esperábamos:

—Ponedle contra la pared.

Tito y Bernedo cogieron el cargamento por los brazos e hicieron lo que Ortega les había pedido. El de la corbata de lunares se olvidó del dolor de huevos en cuanto que se vio en la pared de los fusilamientos. Fue como mano de santo.

—¡No... no... no! —empezó a salmodiar.

—¡Calla, coño! —le ordenó Tito.

El tipo se tragó sus monosílabos tan tercamente repetidos y, hecho el silencio en la plaza, Ortega fue hasta el gordo, cuyo depósito se había agotado y ya no le daba a la lágrima, y le dijo con una determinación que sobrecogía:

—O nos dices dónde está el dinero o nos llevamos a este por delante.

«Este» no era otro que el de la corbata chillona, a quien por cierto no gustó ni un pelo el papel de aspirante a fiambre que Ortega le había asignado en su obra. Pude ver cómo por la pernera del pantalón caía en la moqueta un liquidillo más que sospechoso. El gachó se estaba meando, literalmente, patas abajo.

A todo esto, el gordo, puesto en el aprieto de satisfacer la curiosidad más que legítima de Ortega, seguía en sus trece —el muy desgraciado debía ser poco menos que supersticioso— y no paraba de decir lo que ya sabíamos.

—Se lo han llevado ya.

—¡Y dale! —saltó Tito, fastidiado. Y dirigiéndose a Ortega le preguntó—: ¿Le tiro a la pierna?

Ortega se encogió de hombros y Tito, echando mano de eso de que quien calla otorga, le endiñó al de la corbata de lunares un tirito en la pierna por la que se estaba menado.

El de la picha incontrolada se llevó las manos al lugar donde había recibido el impacto y se dejó caer al suelo, quejándose como un mamón que no tiene vuelta de hoja.

—La próxima será en los pulmones —anunció Bernedo al gordo.

—Pero si se lo han llevado... —gimió el gorderas.

—¿Adónde se lo han llevado, cacho cabrón? —le preguntó Tito acercándole la cara y llenándole el rostro de saliva.

El gerente no sabía adónde, pero lo que sí sabía era quién se había pirado con la pasta, ya que dijo:

—Se lo han llevado los de la compañía de seguridad.

Tito miró el reloj y dijo, incrédulo:

—¿A las cuatro? ¡No me digas!

—Vinieron hace un rato. Antes de que ustedes...

Ortega le cortó para decir a Bernedo:

—Venga, ahora te toca a ti.

—A lo mejor está diciendo la verdad —objetó Bernedo.

—¡Qué verdad ni qué ocho cuartos! —exclamó Tito—. Hasta las cuatro y media no vienen —y agregó—: Por cierto, como no nos demos prisa nos van a coger cagando.

Bernedo dio una lección de cómo hay que suspirar en semejantes circunstancias y, dando un paso al frente, apretó el arma y tiro en los pulmones que te crio. La corbata —¡joder, qué pena!— se le pringó de sangre y el buen

hombre, como quien dice, empezó a perder sus señas de identidad.

—¿Ves por el camino que va este? —dijo Tito al gerente señalando al moribundo, que daba unos estertores que no veas—. Pues tú, como no cantes, vas a ir *entacado* detrás de él.

—Pero si se lo han llevado ya —insistió el tío—. Les juro que se lo han llevado ya.

—No jures en falso, maricón —le dijo Tito Durán soltándole un viaje con la zurda, su mano buena.

—Pero si se lo han llevado ya... —volvió a decir el menda, poniéndose pesado de cojones.

—El tiro de gracia —dijo Ortega echando un lapidario vistazo a su reloj.

Yo también miré la hora. Las cuatro y cinco. A y media vendrían como todos los días los del furgón, y como el rodaje de aquella película no terminase pronto Tito tendría más razón que un santo: Nos iban a trincar jiñando y se iba a liar bien liada.

Sonó un *Pum* seco de pelotas —qué digo seco, *extra dry* fue el *Pim*, *pam*, *pum* aquel— y el de la corbata de lunares —lunares ensangrentados, sí, pero lunares al fin y al cabo— pasó a mejor vida. Tito, que era quien había rematado la faena, se acercó ufano al gordo y le dijo:

—¿Has visto lo que te espera como sigas pasándote de listo?

El gerente había cerrado los ojos y no quería ni oír hablar de nuevas visiones. Los volvió a abrir cuando Tito le cogió por los mofletes y le dijo:

—Y mírame cuando te estoy hablando, coño.

Y le dio una ración de hostias a la plancha con la siniestra. El gordo quedó suave como un guante y mis tres compinches le rodearon para ver si de una puñetera vez nos enterábamos de dónde estaba el dichoso parné, porque allí, en aquel despacho del carajo, estar, lo que se dice estar, no estaba *ni pa Dios*. Y si no, que se lo preguntaran a mis ojos,